

Presentación

Como es sabido, la historia cultural viene siendo considerada una “nueva historia” desde la década de 1970 al menos y un paradigma historiográfico en los últimos decenios. Así parece acreditarlo su pretensión de abarcar una variedad de formas de estudiar del pasado que coinciden en la atención a lo que los autores franceses llamaron “l’histoire au troisième niveau”, esto es, asuntos pertenecientes a un extenso ámbito interesado por los comportamientos de los individuos y los colectivos de toda clase, sus percepciones, recuerdos, relatos, símbolos, identidades, etc. Tal dominio nació gracias a la atracción ejercida en un principio por la psicología social, se vio reforzado más tarde con “la mirada del antropólogo”, y ha ido adquiriendo rasgos genuinos con el paso del tiempo. En la citada década la llamada “tercera generación de los Annales” acuñó la expresión “la nouvelle histoire” a modo de programa internacional. Este no tardó en influir en la academia estadounidense, quien reivindicó una “new history”, y, en un inevitable proceso de diversificación desde los años 1990, sus temas han adquirido una dimensión, digamos, global que se extiende de alguna manera a instituciones, historiadores y corrientes de prácticamente todos los continentes.

El volver sobre sus raíces y algunos asuntos de cabecera siempre resulta estimulante. En esta entrega de *Historiografías* –la número 29– ofrecemos algunas manifestaciones. El apartado de Historia y Teoría, donde habitualmente incluimos trabajos sobre epistemología histórica, lo iniciamos esta vez con el estudio de la especialista en psicoanálisis Graciela Bertolino. Su artículo “Michel de Certeau: límites difusos entre el psicoanálisis y el historiador”, nos acerca a una interesante figura de la historiografía del Hexágono. Certeau, a quien se asocia con la citada “nouvelle histoire” –participó en uno de sus textos de cabecera, la conocida *Faire l’histoire* que dirigieron Jacques Le Goff y Pierre Nora en 1974–, además de teólogo y filósofo fue uno de los historiadores que introdujo el interés por la teoría del conocimiento en el ámbito de los estudios histórico-profesionales, acompañando a otros autores como Henri I. Marrou, Michel Foucault, Paul Veyne y Paul Ricoeur. Su concepto de “operación historiográfica”, que presenta en la mencionada obra colectiva, le valió una merecida fama internacional. La noción, que se basaba en numerosos préstamos de autores y teorías contemporáneas, incluyendo alusiones al psicoanálisis, la propuso como una alternativa a la vieja disyuntiva conocimiento objetivo *versus* conocimiento subjetivo. Con ella, Certeau pretendió abarcar a un tiempo todos los elementos del oficio historiográfico, esto es, los componentes sociales e institucionales que rodean a este, los pertenecientes a la disciplina como tal y a sus métodos, interpretados como “una práctica”, y la propia escritura histórica entendida como un conocimiento construido –el lector de *Historiografías* hallará en el número 9 de 2015 un clarificador artículo del profesor argentino Tomas Elías Zeigler sobre esta noción “certiana”–.

El texto de Graciela Bertolino subraya que se ha estudiado mucho más cómo ha impactado el psicoanálisis en los estudios históricos que la influencia inversa, esto es, lo que puede ofrecer la epistemología de la historiografía al propio psicoanálisis. Y lleva razón, según puede observarse en la veterana revista británica *Psychoanalysis and History*, que viene publicándose desde 1999 dedicada, por lo que indican sus editores, a “la historia del psicoanálisis y a la aplicación de las ideas psicoanalíticas a la historiografía”.

Como explica la autora, los contactos de Certeau con el psicoanálisis le vinieron a través de un intérprete de Sigmund Freud que estaba en boga en los años sesentaiochistas, el conocido psicoanalista y filósofo compatriota Jacques Lacan. De hecho, Certeau formó parte de la llamada “escuela freudiana de París” que fundó y regentó este último entre 1964 y 1980. Ya en su etapa postrera, el interés en la epistemología histórica, sumado a esta influencia, daría pie a Certeau a la publicación de unas interesantes reflexiones sobre la historia y el psicoanálisis que se plasmaron en un libro de edición póstuma. Bertolino aprovecha esa mirada “certiana” u “operación historiográfica” para establecer una analogía entre tal noción y el concepto freudiano de “construcción”. Para ello la autora cuenta con una tradición bien pavimentada en su país formada por especialistas de la escuela “lacaniana” de la talla de los profesores Héctor López y Horacio Martínez, quienes se han adentrado en las interioridades de la disciplina psicoanalítica. La hipótesis de Bertolino sostiene que los mencionados elementos “certianos” tienen su analogía en la propia disciplina y práctica psicoanalíticas e invitan a explorar a su vez aspectos tales como el papel del psicoanalista en el contexto de su disciplina, la lógica y los procedimientos de esta, e incluso aspectos prácticos, como son el interés del especialista en la “amnesis” o relato del paciente, en los sueños y en los lapsus de este último.

El artículo que viene a continuación, “Brujería europea y Vudú haitiano”, se puede considerar un trabajo de antropología histórica, un estudio sobre transferencias culturales. Su autor es el profesor de la Universidad de Zaragoza (España) Manuel María Medrano Marqués, quien ya en el número 23 de *Historiografías* presentó un texto introductorio sobre el vudú haitiano. En el que redacta para esta entrega vuelve sobre algunos de sus rasgos, pero sobre todo explora con numerosos ejemplos sus raíces europeas, las procedentes de la geografía española incluidas.

Si hablamos de la llamemos “tradición mágica española”, no podemos dejar de mencionar a dos estudiosos señeros, verdaderos pioneros como Julio Caro Baroja y Carmelo Lisón Tolosana. El primero, miembro de una familia de escritores que se inicia con el insigne Pío Baroja, venía de la investigación etnográfica y fue un intelectual polifacético autor de un famoso ensayo titulado *Las brujas y su mundo* (1961), numerosas veces editado en España y traducido al francés, inglés y alemán; y el segundo, introductor en España de la antropología social, también escribió varios estudios históricos sobre el mundo de las brujas y sus ritos (si el lector desea más información sobre estos autores, me remito a las voces del *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos, 1840-1980*. Madrid: Akal, 2002, pp. 165-167 y 354-355, de Gonzalo Pasamar e Ignacio Peiró). Dada su pretensión divulgativa y éxito editorial, también merece la pena recordar al escritor Fernando Sánchez Dragó quien publicó en 1978 *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, obra muy aplaudida en la que hace una excursión por los mitos de nuestro pasado dotada de gran erudición.

De los estudios de antropología españoles, los que más han inspirado al profesor Medrano son, obviamente, los de Carmelo Lisón, más cercanos en el tiempo, pero también clásicos, y de los que ha podido extraer ilustrativos ejemplos. Pero “Brujería europea y Vudú haitiano” es un atrayente artículo en el que el lector puede observar un bien seleccionado abanico de temas propios del Vudú del otro lado del Atlántico, que parecen haber adquirido sus características peculiares a partir del siglo XIX –el autor aclara que esta tradición sigue

evolucionando hoy– y que, sin embargo, poseen unos antecedentes antiquísimos, de los que el presente estudio aporta numerosos ejemplos. Como el lector observará, se pueden detectar hasta en episodios de la Biblia y, desde luego, los hay numerosos en la tradición greco-romana y en las edades media y moderna europeas. Y así nuestro autor no duda en asegurar que, si se sopesan cuales son las procedencias de la tradición del Vudú, resulta que dos terceras partes tienen unos orígenes europeos y solo a un tercio se les puede atribuir una ascendencia africana.

La segunda parte de la sección de Historia y Teoría guarda relación con los usos públicos del pasado y en particular con el recuerdo de la cultura andalusí en la España contemporánea y las interpretaciones que sobre ella se han venido sosteniendo, un tema sobre el que *Historiografías* ya ha publicado algunos artículos (véanse los números 12, 24 y 25). El primero de los textos de la entrega actual pertenece al profesor del Instituto de Enseñanza Media Avempace (Zaragoza, España), Ramiro Adiego Sevilla y lleva por título “La memoria pública andalusí en Aragón ¿un olvido premeditado?”, y el segundo lo firma José Manuel Castaño Aguilar, investigador del Museo de Ronda (Málaga, España) con el título de “La berberización de Al-Andalus. El caso del territorio malagueño”. Dado que no es la primera vez que *Historiografías* trata estos asuntos, permítaseme como autor de esta presentación algunos comentarios, aunque solo sea por alusiones.

Los usos públicos del pasado gozan en la actualidad de un extraordinario auge, pero no se limitan a los relatos de valor político. Tampoco es casual el interés que hoy despiertan entre los estudiosos. Una serie de factores, entre los cuales destacan el extraordinario desarrollo de las industrias de la cultura, las redes sociales y el auge de los populismos, en las tres últimas décadas son los responsables de lo que podríamos llamar, por utilizar una expresión ya acuñada, el auge “los abusos de la memoria” (Tzvetan Todorov). Entendidos esos usos y abusos como manifestaciones de la memoria cultural, no estamos ante un asunto fácil de delimitar (recordemos que este concepto, la memoria cultural, está asociado a los estudios de los profesores y Adeida y Jan Assmann, este último recientemente fallecido). Y en su utilidad política contemporánea tampoco estamos ante una noción de un solo color. De hecho, si aceptamos la diferencia clásica entre derechas e izquierdas, puede decirse que el asunto afecta a ambas y que hoy se observa sobre todo en movimientos y regímenes que tienden a poner en duda el concepto liberal de democracia, o lo creen superado, y buscan nuevos sujetos políticos a los que suelen dotar de emociones y rasgos heroicos e incluso atribuir poderes plebiscitarios (véase el artículo sobre las interpretaciones del populismo que publicó el profesor Miguel C. Padrón Alemán en el número 27 de *Historiografías*). El recurso al relato histórico se convierte así en un instrumento imprescindible de los fenómenos populistas (en la actual entrega puede leerse igualmente la reseña que redacta el profesor Israel Sanmartín Barros sobre este asunto). Para entender tal fenómeno es opinión de quien escribe esta presentación que la mejor receta no es tanto la implementación de una suerte de militancia “a contrario”, que puede caer en el mismo vicio que denuncia, sino el ahondamiento en el estudio de las complejidades que encierra la investigación histórica, la importancia del manejo de nuevas fuentes, y, cómo no, el análisis de las igualmente complejas relaciones entre la escritura histórica y los fenómenos memoriales.

En el caso español, hay que partir de este último asunto, el de las relaciones entre los elementos que acabamos citar. Nos referimos a la cuestión del surgimiento y vicisitudes del

género de las *Historias de España* y a su influencia cultural (permítaseme añadir aquí el estudio que publiqué hace ya unos años, “Las historias de España a lo largo del siglo XX: las transformaciones de un género clásico”, en Ricardo García Cárcel [ed.], *La construcción de las historias de España*. Madrid: Fundación Carolina, 2002, pp. 299-382). Es este un género que, aunque con antecedentes medievales, se remonta a finales del siglo XVI con la *Historia* del Padre Mariana, todavía afamada a mediados del XIX cuando algunos historiadores de orientación republicana acabaron de completar la parte correspondiente al periodo contemporáneo. En la segunda mitad del siglo, que es cuando comienza la institucionalización de los estudios históricos en nuestro país incluido el llamado “arabismo”, también se produce una renovación del género, que se inicia con la *Historia General de España* de Modesto Lafuente y se continúa, medio siglo más tarde, con la *Historia de España y de la civilización española* de Rafael Altamira, entre otras *Historias* entonces sobresalientes. Ya en el XX, las necesidades de la enseñanza universitaria y la enorme importancia adquirida por el género ensayístico ayudaron a alumbrar un abanico de *Historias de España* relativamente novedosas tanto entre autores del exilio como del interior (en este último, desde finales de la década de 1950 con la *Historia de España y América* dirigida por Jaime Vicens Vives), cuyas ediciones llegan hasta los años de la Transición. Las *Historias* surgidas durante este último período estuvieron especialmente preocupadas por los fenómenos socio-económicos, a cuyo estudio confiaban importantes cualidades desmitificadoras. La década de 1980 fue la de los años de las llamadas “historias autonómicas”, cuyo objetivo era hallar las raíces o precedentes históricos del clima de optimismo hacia el llamado “Estado de las autonomías” que se desató en los años de la Transición y década siguiente. Solo los años 1990, una vez consolidada la democracia española, fueron capaces de alumbrar un debate sobre la “realidad histórica” de España y sus complejidades que se prolonga hasta la actualidad, entre cuyos componentes para la reflexión y discusión se cuenta precisamente el asunto de las influencias andalusíes. Si hablamos de la noción de “Reconquista”, que es una idea que podemos hallar, aunque no la expresión como tal, ya en el Padre Mariana, la realidad es que las más reputadas *Historias de España* publicadas en el siglo XX, siempre intentaron matizarla, incluida la conocida *España un enigma histórico* “albornociana”. Y si acudimos a *Historias de España* posteriores, como por ejemplo las influyentes *Historia de España Alfaguara* e *Historia de España Labor*, observaremos igualmente el empeño que se tomaron sus autores en matizar esa idea triunfalista de una “reconquista” secular. Por la misma razón, los debates más recientes, aunque no son separables de los contextos políticos, tampoco son reductibles a estos, entre otras razones porque muchos de los libros en cuestión no están escritos precisamente por aficionados (las relaciones entre la investigación y el ensayo, otro tema que merecería una profunda reflexión).

Lo más interesante del artículo del profesor Ramiro Adiego, además del repaso por las opiniones de historiadores recientes que reivindican la importancia del pasado andalusí, reside en el abanico de ejemplos que exhibe, de monumentos, estatuas y menciones públicas de personalidades musulmanas que tuvieron importancia en los años de la Taifa “aragonesa”. Menos convencidos estamos sin embargo de que la poca importancia pública que se ha concedido a ese pasado se explique únicamente por la desidia institucional (que el autor atribuye a la derecha política). Y la razón se debe a que las políticas de la memoria no son solo el reflejo de fenómenos institucionales, sino que guardan también una relación profunda

y duradera con la memoria cultural del país, que no es dable analizar simplemente como un asunto político.

El segundo de los artículos, el del investigador del Museo de Ronda José Manuel Castaño Aguilar, también apunta al tema de la cultura andalusí, pero en este caso con un aspecto muy concreto, aunque no por ello menos interesante ni tampoco completamente desconectado del debate sobre el papel de dicha cultura en la historia de España. Se refiere a la tesis “tradicional” de “la berberización de Al-Andalus”, tal como reza el título del artículo. Como verá el lector, el artículo de Castaño es una impugnación, una crítica, a la sobrentendida importancia que se ha venido concediendo al factor bereber, a la existencia de una suerte de “tribalización” de esas tierras, para explicar los primeros asentamientos andalusíes tras la conquista islámica del año 711. La tesis surgió arraigada, como recuerda el autor, en algunas de las más importantes *Historias de España* publicadas en el siglo pasado –sobre todo la llamada *Historia de España Menéndez Pidal*– gracias al aval de orientalistas e hispanistas franceses tales como Évariste Lévi-Provençal y Pierre Guichard y el manejo probablemente demasiado exclusivo de la disciplina de la toponimia. El texto de José Manuel Castaño es una revisión de esa tesis aprovechando que el tema parece haber recibido un reciente espaldarazo publicístico; nueva bibliografía que, naturalmente, los responsables de *Historiografías* no debemos entrar a valorar. Más allá del carácter polémico del artículo, los argumentos aducidos por Castaño, que se basan en investigaciones realizadas para Serranía de malagueña de Ronda, apuntan, como se verá, a una senda prometedora con el uso de nuevas fuentes que relativizan o impugnan las antiguas, y donde la investigación arqueológica pasa a jugar un papel capital. Evidentemente, son los especialistas quienes tienen la última palabra.

Cerramos el número con dos artículos para el apartado de Varia Historiográfica: el de Antonia Tejada Barros, titulado “The Jäger Report: An Invaluable Source of the Efficiency of *Einsatzkommando 3 (Einsatzgruppe A)* that Illustrates the Annihilation by Bullets of Jewish Men, Women, and Children in Lithuania”, y el de Andrea María Numpaque Acosta, “‘La Rana y El Águila’, la imprenta-editorial de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia como referente para un proyecto cultural, 1962-1986”.

El primero de ellos nos lleva al tema del Holocausto, un asunto al que *Historiografías* ha dedicado espacio en entregas anteriores (en particular en los números 18, 23 y 27). En el presente texto Antonia Tejada, investigadora de la asociación berlinesa Tiergarten 4 (Sociedad comprometida con la divulgación de las indagaciones sobre los crímenes del nazismo) y colaboradora en el citado número 27, presenta un estudio crítico del llamado Informe Jäger, una fuente de primer orden que permite conocer los detalles del intento de destrucción de los judíos europeos, por parte del nazismo, tal como reza el libro del padre de estos temas, Raul Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos* (1961). El Informe Jäger debe su nombre al oficial suizo de las SS que dirigió el Comando móvil (*Einsatzkommando*) encargado de la aniquilación de los judíos en los países bálticos, un personaje nunca juzgado por sus crímenes –recuerda la autora que consiguió eludir la justicia de los aliados durante más de una década y acabó suicidándose en 1959–. El Informe no es una fuente inédita propiamente dicha, pero sí un documento único que nunca antes había sido estudiado con el detalle y rigor que ahora presenta este artículo. Como en la colaboración que escribió para el número 27, la autora lo acompaña con las tesis sobre el Holocausto más avaladas por los

especialistas recientes, tales como la consideración de los perpetradores como “verdugos voluntarios” o “alemanes ordinarios”, la necesidad de distinguir entre la población judía y la no judía a la hora de estudiar el Holocausto, y la participación de la *Werhmacht* en los crímenes del nazismo.

El último de los artículos de este número 29, el de la historiadora colombiana Andrea María Numpaque Acosta, nos sitúa de nuevo en un tema que estuvo en la base las “nouvelle histoire” y “new history”, como es el de las vicisitudes del libro, la producción editorial y los lectores a lo largo de la historia, asuntos en los que, como es sabido, destacaron autores como Robert Darnton y Roger Chartier. Siguiendo a estos especialistas y a otros compatriotas, Numpaque asegura que este tema está poco estudiado en su país, y en ese artículo presenta una aproximación a una imprenta-editorial, “La Rana y El Águila”, que jugó un papel destacado en la divulgación de textos universitarios en la sociedad colombiana de las décadas de 1960 y posteriores. En esos años de movilizaciones sociales y cambios políticos esta editorial universitaria fue un “reflejo” de ellos, señala la autora, lo que ayudó a su vez a transmitir el libro universitario a aquella sociedad. Como observará el lector, el trabajo se hace acompañar de una útil e ilustrativa lista de títulos y autores que participaron en aquel proyecto, con sus correspondientes adscripciones profesionales académicas.

Gonzalo Pasamar